

te á que miserables ensartadores de frases huera se apoderen de nuestras consignas más preciadas para coger en la trampa, valiéndose de ellas, á los bobalicones inocentes. La «libertad» y el «modernismo», el «progreso» y la «verdad» de esas gentes no son los nuestros; no tenemos nada de común con ellos. Quieren el sibaritismo, nosotros queremos el trabajo; quieren ahogar la conciencia en lo inconsciente, nosotros queremos fortalecer y enriquecer la conciencia; quieren la fuga de ideas y el desvarío, nosotros queremos la atención, la observación y el conocimiento. He ahí el criterio que permitirá á cada uno reconocer á los verdaderos modernos y distinguirlos con seguridad de los impostores que se arrojan imprudentemente este nombre: el que predica la indisciplina es un enemigo del progreso, y el que adora su «yo» es un enemigo de la sociedad. Esta tiene como primera premisa el amor al prójimo y la capacidad para el sacrificio, y el progreso es el efecto de una subyugación cada vez más dura de la bestia en el hombre, de un enfrenamiento de sí mismo cada vez más severo, de un sentimiento del deber y de la responsabilidad cada vez más delicado. La emancipación por la cual entramos en liza es la del juicio, no la de las codicias. Para decirlo con una parábola profundamente sonora de la Escritura (San Mateo, V, 17): «No creáis que yo haya venido para abolir la Ley ó á los Profetas, he venido no para abolirlos, sino para realizarlos.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

EPÍLOGO DEL AUTOR ¹

En tiempo de guerra, cuando en alta mar, un navío de una potencia beligerante divisa otro navío, dispara un cañonazo á guisa de salva, lo cual significa un aviso al barco desconocido para que ice su pabellón. Si no responde en seguida á este aviso, se le dispara con bala y se hacen esfuerzos para abordar la nave sospechosa. Si despliega al aire un pabellón y se descubre que no es aquel bajo el cual tiene derecho á navegar, se le trata como á pirata. Así lo piden las costumbres que imperan en el mar.

En la guerra en tierra firme se hace lo mismo. Al enemigo de uniforme que lleva la escarapela en el *schacó*, se le atestigua una estima caballeresca; si uno es vencido por él, después de una lucha valerosa, se aprecia su energía y no se siente ni humillación ni exasperación; si se le ha derrotado, se rinden á sus heridos, lo mismo que á sus prisioneros, los honores debidos al igual y al par, aun desgraciado. Pero el bandido solapado que finge permanecer inocentemente detrás de la maleza mirando, con las manos en los bolsillos, á la tropa que pasa, para en seguida sacar un fusil de debajo de la blusa y fusilarla por la espalda; pero el asesino disimulado que enfrente del enemigo es un labrador pacífico sin insignia de ninguna clase y no se convierte en guerrero sino cuando el

¹ Al enviarme este epílogo, Nordau me escribía las siguientes líneas: «He aquí el epílogo prometido. Resume la doctrina política del libro, y deduce una conclusión práctica. Porque detrás del decadentismo se ha ocultado siempre la reacción política y clerical más virulenta, y conviene poner especialmente en plena luz este punto á fin de que hasta los miopes más recalcitrantes tengan por fuerza que verlo.»—(N. del T.)

soldado le ha vuelto la espalda, ese es considerado como un criminal aun si defiende el suelo de la patria, y cuando se le pilla, se le ahorca en cualquier parte, ó á lo sumo, se le da su merecido con la pólvora y el plomo. Para una guerra leal, los civilizados imponen esta condición: que se muestre el pabellón y que se enarbole la escarapela de cada cual.

Mucho tiempo se ha necesitado para que los decadentes cumplieran con esta condición. Por fin, ya se han conformado á ella. Todo un grupo de escritores franceses ha arrojado, en estos últimos años, la careta bajo la cual se había al principio presentado ante el mundo, y muestra ahora su faz natural.

He aquí á Karl-Joris Huysmans: su duque Des Esseintes era el arquetipo del decadente consumado en todas las reglas de su estado; era uno de los maestros, uno de los doctores de la generación que comulga en el «modernismo». Publica ahora unas «Páginas católicas» y la «Vida de Santa Lydwina», escribe prefacios para el «Compendio de Catecismo litúrgico» del abate Henri Dutilliet; se convierte en hermano lego de la orden de los Benedictinos y edifica á los fieles con su sayal de fraile y con su piadosa asistencia á Vísperas y Matines.

Brunetière ha hecho gala, durante largos años, de una terminología perteneciente al darwinismo más radical. Crítico, no podía ocuparse del más infimo zarzuelero, ni del coplero más indigente, sin llenarse la boca con «la evolución de los géneros literarios», «la lucha por la existencia de las obras de la inteligencia», «el progreso» y otras frases rimbombantes que oían de lleno á ciencia. Llegó un día en que arrojó su disfraz; comenzó por «la bancarrota de la ciencia» para acabar con una piadosa peregrinación á Roma y una pública confesión de fe, rígidamente ortodoxa, ante una congregación de fieles, como en los primeros tiempos de la Iglesia.

Encontró un imitador en Paul Bourget que al principio se las echaba de pensador emancipado cuya libertad de espíritu le permitía apreciar á la vez á Taine y á Baudelaire, el pensamiento inductivo y el fantasear místico. Ahora ya ha renunciado solemnemente á la temeraria independencia de su intelecto y ha declarado con contrición, que se sometía fielmente á la regla bienhechora del dogma de la Iglesia.

Barrès se las había dado al principio de individualista exagerado, hasta casi anarquista, por consiguiente, de los que niegan toda premisa histórica, todo miramiento necesario para la colectividad. Ahora ya es el más fanático nacionalista, tal como ni la China de los «Boxers», ni la América yankee de «la época del más negro Knownothingismo» han producido nunca, un partidario furibundo de la tradición, al cual la tortura y la hoguera parecen todavía castigos demasiado lenitivos para los espíritus de minoría.

Lemaitre, para mencionar también á este grotesco, se exhibía con una coquetona levita de colores cambiantes de un elegante «Renanismo». Conocemos ahora el corte y el color del hábito de fraile que lleva.

A todos esos santos de última hora concedo, á pesar de todo cuanto parece contradecirlo, que la convicción de que hacen gala en la hora presente es sincera. No les hago tampoco un cargo por esa convicción; es un derecho innegable ser clericales, y pueden usar y abusar de ese derecho, lo cual constituye la esencia del derecho según la definición romana. Allá ellos si son más papistas que el Papa y si declaran que la Inquisición es la más hermosa parte de la historia eclesiástica. La única cosa que había siempre el derecho de exigirles era que mostrasen su pabellón.

Si siempre lo hubieran hecho así, se les hubiera siempre tratado como á enemigos leales, y sin perjuicio de combatirles, no se les hubiera negado la medida de esti-

ma proporcional al grado de talento que pudiesen tener. Sería, en verdad, un espíritu singularmente estrecho aquel que no supiera apreciar las cualidades literarias de un José de Maistre ó de un Luis Veuillot, de un Gœrrès ó de un Janssen, de un Sthal, un Pusey, ó un cardenal Wiseman, únicamente porque están al servicio de una filosofía ó política contra la cual se subleva todo pensamiento, todo sentimiento de un hombre de mentalidad progresiva. Desde el punto y hora que estaba bien entendido que se encontraba uno frente á soldados regulares de la Iglesia, frente á reclutas feroces que luchan contra la libre investigación científica, en favor de la tutela religiosa, contra la evolución intelectual, contra la instrucción de las masas, sabía ya uno qué posición debía ocupar con respecto á ellos y dejaban de ser peligrosos, puesto que se podía poner en fila en contra de ellos á toda la parte pensante de las clases ilustradas de todas las naciones unidas en la defensa de los bienes intelectuales penosamente adquiridos.

Pero los nuevos *viri obscuri* han ocultado hasta ahora su bandera; han navegado bajo colores usurpados; han dado su reacción enmohecida, podrida, intolerablemente fétida como si fuera lo más nuevecito, lo flamante, lo *dernier-cris*, y sus espectros medioevales para uso de niños y de veladas de aldea, como si fueran los ideales del porvenir; se han dado ellos mismos, como siendo los campeones del progreso más atrevido, han llamado «modernismo» á su tendencia, es decir á una tendencia que ha sido la de las gentes ilustradas allá por el año de gracia 1100, y todos los idiotas de ambos mundos los han creído bajo palabra y los han aclamado como «modernos», cuando, á pesar de su idiotismo, los hubieran rechazado si se hubiesen presentado por lo que en realidad son: la retaguardia de los rezagados de un pasado fabulosamente remoto.

Esto es lo que hace tan despreciables y censurables

á esos «modernos» que se llaman Huysmans y Bourget, Lemaitre y Barrés; han empleado medios fraudulentos para adquirir un renombre que nunca hubieran alcanzado si hubiesen sinceramente confesado su fe desde un principio.

«Esas buenas gentes no huelen nunca al diablo», como dice el Mefistófeles de Goethe con desprecio hablando de los estudiantes de Leipzig. Los encogidos, los obtusos, los ruminantes, que repiten como papagayos consignas y santos y señas, pero son incapaces de sacar por sí mismos una conclusión lógica de la primera materia de los hechos, esos pobres de espíritu no han sospechado lo que se ocultaba detrás de la retórica insinuante y ambigua de esos envenenadores de una generación. Tienen la ambición ó la vanidad de ser á todo trance «modernos», y como se les había alabado á los Huysmans, Bourget, etc., como siendo «modernos», se han apresurado á consagrarles altares en sus capillitas literarias.

Pero al lado de los *snoobs* imbéciles, entre los cuales todo impostor recluta para sí una mayoría, hay hombres dotados de un olfato más sutil que descubren el fuerte olor del chivo, aún á través del almizcle. O sin vana imagen: los hombres para quienes la libertad de pensamiento, el progreso, la autonomía de la personalidad, no son rótulos pegados exteriormente, sino resultados de un trabajo orgánico, adquisiciones biológicas; los hombres que comprenden su propio punto de vista y saben deducir de él todas las conclusiones lógicas, esos han reconocido inmediatamente de qué campo eran esos pretendidos «modernos». No se han dejado engañar por la «escritura artista», ese juego mujeril y necio de palabras deslumbrantes, á imitación de los de Goncourt. Han visto perfectamente que Brunetiere era un estrangulador del pensamiento y un apagaluces; Barrés un sayón engalonado de la reacción con instintos de carcelero; Bourget un taima-

do capellán laico para viejas devotas que tienen muchos pecados que lavar; Huysmans una pobre sesera reblandecida, brumosa y llena de nieblas, y han lanzado el grito de aviso para poner alerta á las gentes de buena fe contra esos falsos «modernos» que no sospechan las fuerzas realmente agentes de la época, que miran la evolución de la humanidad con la ininteligencia de un Iroqués y que juzgan todos los fenómenos de la vida intelectual realmente moderna desde el punto de vista de una histérica plebe de salón caída bajo la férula de sacerdotes ávidos de dominación.

No hay que esperar que los idiotas que han aclamado á los Huysmans, Bourget y consortes como «modernos» reconozcan su error ahora que sus maestros predilectos han arrojado la careta y se han revelado como los últimos Caballeros de la Triste Figura de la Edad Media. Son para eso demasiado vanidosos, tienen para eso demasiado poca valentía moral y sentimiento de verdad. Pero puede esperarse que una nueva generación que aún no se haya comprometido, no teniendo ninguna razón de amor propio y de mala fe para agarrarse contra viento y marea á sabiendas á un error grosero—puede esperarse que esta nueva generación reconocerá á los falsos «modernos» por lo que son en realidad y los estimará como debe estimar á los lansquenets averiados de todas las reacciones.

Si los «modernos» continuasen pretendiendo descaradamente que ellos son el porvenir, lanzaremos una carcajada homérica y les enseñaremos la cogulla de Huysmans, de Bourget, de Barrès y de Lemaitre; si afirman que caminan por la vía del progreso, les preguntaremos si ese camino va á parar á un convento de frailes.

¡Que cada cual muestre su verdadera escarapela! ¡Y vivan los combates leales!

Max Nordau.

París 30 Abril 1902.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

EL EGOTISMO

	Páginas.
I.—Psicología del Egotismo.....	3
II.—Parnasianos y Diabólicos.....	42
III.—Decadentes y Estetas.....	86
IV.—El Ibsenismo.....	151
V.—Federico Nietzsche.....	268

LIBRO CUARTO

EL REALISMO

I.—Zola y su escuela.....	357
II.—Los plagiarios «jóvenes-alemanes».....	409

LIBRO QUINTO

EL SIGLO VEINTE

I.—Pronóstico.....	461
II.—Terapéutica.....	483
Epílogo del Autor.....	499